

Pregón. Fiestas de San Marcial. Femés

2 de julio de 2015

Buenas noches. Antes que nada quisiera agradecer a los miembros de la Comisión de Fiestas que me hayan dado esta bella oportunidad. Para mí es un inmenso honor ejercer de anunciador de las Fiestas de San Marcial del Rubicón, Co patrón de la Diócesis de Canarias y patrón de la isla de Lanzarote.

Bien, pues heme aquí, ante ustedes, con la misión de ejercer de pregonero, un oficio que vivió su esplendor en tiempos donde en España nunca se ponía el sol y así siguió hasta que comenzaron a popularizarse los medios de comunicación.

En puridad, pregonar tiene algo de eso, de comunicar, hacer público y notorio, en voz alta, algo que no se sabe para que llegue a conocimiento de todos.

Pero hoy día hay pocas cosas que no se sepan ya. Así que la figura del pregonero, y su pregón, es una tradición más que otra cosa.

Una costumbre que bien está que se conserve. De hecho, en este pregón, me gustaría referirme a la importancia de mantener las tradiciones.

Cuando me propusieron ser el pregonero de las fiestas de Femés, y del patrón de la isla, y superado el estado de nerviosismo provocado por tan alta responsabilidad, empecé a rumiar qué contarles a todos ustedes. Qué decir que no sepan ya, por sus propias vivencias, por sus conocimientos adquiridos o porque, antes que yo, pregoneros mucho más duchos en las ciencias, la historia o las artes, les hayan contado en un lugar como este y ante unas fiestas como las que vamos a vivir en los días siguientes.

Pensé en hablarles de la historia de San Marcial, de aquel Obispo de Limoges del que tampoco se sabe demasiado (y sobre el que hay alguna contradicción histórica), acaso que es objeto de veneración desde tiempos muy remotos, como apóstol de la región de Limousin y fundador de la sede que ocupó. Pero otros pregoneros, antes que yo, ya lo han hecho con suficiente rigor.

Otra opción hubiese sido abundar en la historia de la ermita de San Marcial, donde hoy nos reunimos, segunda de cuantas se erigieron tras la conquista de principios del siglo XV. Pero es verdad que también antes que yo otros conferenciantes, más doctos, se han detenido en ella y pocos son hoy en este lugar los que la desconocen.

Y ni siquiera les puedo contar de mi infancia por estos lares pues, como saben, mis correrías de chinijo sucedieron bien lejos de aquí.

Yo descubrí unas fiestas de San Marcial muy distintas a las que narran los mayores del pueblo y también muy diferentes a las actuales. A caballo entre aquellos tiempos en los que lo que sucedía un día aquí, en Femés, tardaba siete jornadas en conocerse en el Puerto o se sabía tres días después en Playa Blanca, todo por la ausencia de comunicaciones, de las que vemos (las terrestres en forma de carretera o postes y cables de teléfono) y de las que no se ven como las ondas que transportan los sonidos de la radio y la televisión; y las fiestas de ahora, en las que con sólo hacer un clic de un cacharro de estos (móvil) en menos de dos segundos este instante habrá dado la vuelta al mundo.

Pero hay un denominador común en todas ellas, en todas las celebraciones: el calor popular. Las ganas de vivir las fiestas, cada uno a su manera, pero todos con igual intensidad. Es en eventos como los que se nos presentan, cuando cobra vida la palabra familia que, en estos tiempos, se nos manifiesta de mil variadas formas, es cierto, pero que sigue conservando la esencia de la unidad, del cariño. De los guisos caseros, de las conversaciones alrededor del café y los dulces.

Recuerdo que en el año 1988 se juntaron por San Marcial aquí, en Femés, dos personas muy importantes en mi vida y en la historia de Lanzarote. Los dos tristemente ya no están entre nosotros. Me refiero a Agustín Acosta Cruz y a César Manrique.

Aquel año, en el 88, el pregón lo ofreció Agustín Acosta, tantos años informando a la población desde los micrófonos de Radio Lanzarote.

El hombre que creyó en mí como profesional y que me enseñó la isla en toda su amplitud. Incluido Femés ¡Cuántas veces vinimos aquí, a Femés, a retransmitir las fiestas! ¡Y qué fatigas pasábamos para las conexiones! Desde luego no es como ahora, ya les dije antes, que agarras un móvil sacas un vídeo lo subes a eso que llaman Youtube y ya lo puede ver todo el mundo que lo quiera ver.

En aquel tiempo teníamos que llamar a la Telefónica no sé cuántos días antes para que nos instalaran una línea, luego venir con un par de aparatos de la radio, probar y cruzar los dedos para que aguantara todo el rato del pregón o la parranda o lo que fuera. Porque antes teníamos la costumbre de contar bastante más y mejor que ahora, todo lo que ocurría en las fiestas de los pueblos.

Luego llegar el día del acto a retransmitir, enchufar todo, volver a cruzar los dedos y echar una miradita de reojo a San Marcial para que todo fuera bien y la línea no se cortara... o no se cruzara ninguna conversación. ¿Recuerdan?

Ahora ya no ocurre pero a finales de los ochenta y principios de los noventa no era raro estar hablando por teléfono y que, de repente, se cruzara una señora contándole al yerno cómo se hace un puchero bien hecho. Incluso en ocasiones, si tenías suerte, ellos te podían oír a tí y entonces podías mantener una conversación a cuatro. ¡Qué cosas!

Pues eso, que llegabas, enchufabas y toda la isla se enteraba por la radio de lo que ocurría en Femés. El pregón, la procesión y a veces hasta el concierto, siempre que el cantante de turno no te plantara la mosca diciéndote que no iba a permitir que su música sonara a lata (que es como sonaba el teléfono antes).

Que había cantantes que les daba igual, pero otros se negaban en rotundo a que se retransmitiera su actuación.

Si dábamos con un artista comprensivo, hasta en Haría, o en Los Valles, que es donde vivo yo, se escuchaban las canciones de Paolo Salvatore "...mi mamá no quiere ir a las playas de nudistas, pero yo sí quiero ir con sombrero y tomavistas..." y en medio la señora diciéndole al yerno "...y cuando las garbanzas estén blanditas, le echas la calabaza y el comino..."

En fin, un lío de comunicaciones.

Bien, pues aquel año, tras el pregón de Agustín, ofreció una conferencia el hombre al que Lanzarote más le debe y del que seguimos aprendiendo día a día y del que todavía respetamos muchos de sus principios, como su filosofía urbanística y estética. Hablo de César Manrique. Don César, como le trataba cualquier vecino que le conociera.

Recuerdo como si fuera hoy el impacto de las palabras de Manrique entre los asistentes. ¡Qué manera de llamar a las cosas por su nombre! ¡Qué modo de poner los puntos sobre las íes! ¡Qué de leña repartía entre los que mandaban entonces!...y qué poquito caso le hicieron, la verdad.

Seguramente César Manrique es de las mejores cosas que le han pasado a Lanzarote y, en consecuencia, su muerte en el momento en que se produjo, en el año 92, de los momentos de mayor incertidumbre que hemos vivido. En aquellos años Lanzarote vivía bajo la amenaza de la feroz especulación urbanística pese a los instrumentos de control del crecimiento de los que nos dotamos y la desaparición de Manrique provocó un enorme desasosiego.

Les contaba que en todas las fiestas de Femés, desde que la memoria se pierde en el túnel del tiempo, hay un denominador común: el calor popular y rescaté la presencia de César Manrique ese año de 1988 porque unos días después de estar aquí, por San Marcial, a César lo entrevistaron en La Voz de Lanzarote y refiriéndose a lo vivido entre ustedes dijo:

"Aquello era auténtico. Al lado de tanta mentira y tanta hipocresía, cuando ves a un pueblo lleno de humildad y amor te quedas maravillado. Es algo hermoso, desde luego. Eso es lo único que me anima todavía a seguir en esta isla: ver la autenticidad del pueblo. Allí me sentí, de verdad, en mi verdadero pueblo conejero. Allí todavía queda mucho de nuestra propia identidad."

Y hoy, casi treinta años después de aquellas palabras, sigue quedando mucho de la identidad conejera entre las calles y las casas y los vecinos y las vecinas de Femés. Y eso es muy grande.

Y ese es el mensaje que quiero compartir con ustedes hoy. Y lo quiero hacer con una narración que muchos ya conocerán (también ha aparecido en pregones anteriores) pero que, quien sabe, igual hay alguien que es la primera vez que la escucha. Un relato que tiene su moraleja a la que me referiré después de contarlo. Lo escribió hace más o menos un siglo un ilustre lanzaroteño, Isaac Viera. Dice así:

"En Femés(Lanzarote), pueblo de pastores, desde tiempos remotos existía la costumbre de silbar en el templo, durante el acto recordatorio del nacimiento de Jesucristo. Sabedor de esto un sacerdote natural de una aldea de Gran Canaria que llegó a Femés pocos días antes de Navidad, destinado a ejercer allí las funciones de su ministerio, subió al púlpito en la hora de la misa conventual y pronunció un sermón en el que prohibía a sus feligreses que continuaran practicando dicha costumbre, la que calificó de

bárbara, y por lo tanto impropia de la solemnidad augusta de las fiestas religiosas. Al día siguiente al de aquella filípica sagrada, en veredas, en predios y los humildes hogares de los hijos de aquel lugar se hacían los más variados comentarios sobre las pretensiones del cura que en horas veinte y cuatro, que dijo el poeta, quería echar por tierra una costumbre sancionada por los siglos.

Unos carcamales dicen, al unísono, en un corrillo, en donde se hallan mozos y muchachas que se ocupan de la guarda de sus ganados:

-No respetamos la orden del clérigo; ¡no faltaba más que nujotros no silbemos al nacer el Niño! Los demonios nos lleven si no soltamos el chillío, silbando en la procesión de Nohegüena, y si al cura no le gusta, que toque soletas.

Un pastorcillo que atento escuchaba a los ancianos, añadió:

-Me parece que vustedes deben jablar primero con el párroco pa que deje silbar como es uso y costumbre entre nujotros.

-Tienes razón, Periquillo: mañana mismo irá mi yerno el alcalde a decirle al cura canario que deje silbar en la iglesia la noche de Pascua de Naviá.

A efecto, el presidente del Ayuntamiento de Femés, el secretario de la citada Corporación y el síndico personero se entrevistaron con el párroco, manifestándole que el vecindario en masa y los pagos jurisdiccionales de las Casitas y Maciot estaban dispuestos a un levantamiento contra la orden de no silbar en la iglesia la Nochebuena.

El sacerdote, después de oír en su casa rectoral las amenazas del monterilla y de sus acompañantes, dice, riéndose a mandíbula batiente:

-¿Están los galos a las puertas de Roma? Tiembla la tierra y sus alrededores al solo anuncio de esa formidable rebelión la que, según ustedes, tendrá proporciones apocalípticas. En Femés -- prosigue el cura sarcásticamente- se levantarán los vecinos de sus respectivas camas. Ese es el único levantamiento que en este pueblo ha habido y habrá, mientras diciembre no dé azucenas. Al grito de ¡se ha sublevado Femés! Se estremecerán las esferas. No revoco mi mandato: he ordenado que no

se silbe en el templo la Noche de Navidad, y los que no me obedezcan tendrán que habérselas conmigo.

En vista de la burla sangrienta del sacerdote -cuyo espíritu tenía algo de lo que caracterizaba el genio del arcipreste de Hita-y de su rotunda negativa, aquellos pobres hombres salieron con las orejas gachas, mohínos y cariacontecidos, dando inmediatamente cuenta a sus poderdantes del desastroso resultado de su conferencia con el "pater".

Un octogenario que ha pasado toda su vida apacentando' cabras, al enterarse de la enérgica actitud del presbítero, gritó como un energúmeno:

-Aunque me mande el Papa que no silbe en la iglesia la Nochegüena, no le jaré caso.

Otros vecinos menos intransigentes que el viejo pastor, manifestaron que no convenía estar de puntas con el cura, añadiendo un zagalote:

-"Dicen que ese confiscao párroco es un gran jugaor de palo y que pa luchar no tiene quien le iguale. Es lo que se llama un cura macho".

Llegó la Nochebuena, como todo llega en este pícaro mundo- menos el premio gordo de la Lotería de Navidad para los desgraciados-, y todos los vecinos de Femés acudieron como de costumbre, a la iglesia a adorar al Niño Dios. La procesión de la media noche en que se conmemora al nacimiento de Jesús, recorría las naves laterales del templo, observando todos los feligreses la mayor compostura y el orden más perfecto.

Sólo el viejo ochentón, que conocen ya nuestros lectores, y que estaba de pie junto a la pila del agua bendita, murmuró por lo bajo:

-No me contengo.

Y casi al mismo tiempo que suelta esa frase, lanza un estridente silbido al pasar por su lado el sacerdote con el Niño Jesús en brazos.

Sin decir oste ni moste el celebrante agarra por los pies la escultura y con ella da tan fuerte golpe en la calva del viejo pastor, que saltó la cabeza de la efigie, quedando el anciano vertiendo chorros de sangre.

Así terminó en Femés la misa del gallo. Un coplero, al salir la gente del templo, cantaba en medio de la plaza, la siguiente redondilla:

*Al niño recién nació
le dio muerte el señor cura,
por mor a la calentura
que cogió con el silbío."*

Siempre me ha hecho gracia esta historia, desde la primera vez que la escuché.

A mi juicio engloba dos ideas que quiero compartir con ustedes:

Una es la de la lucha por mantener las costumbres y lograr lo que se entiende que es justa reivindicación. Femés lleva muchos años clamando porque San Marcial del Rubicón, el Patrón de Lanzarote, sea tratado acorde a ello.

Que sea declarado día festivo insular, si hay que declararlo, y que se dediquen similares esfuerzos a los que se dedican a la patrona, Nuestra Señora de Los Dolores, si hay que dedicárselos. Y si para ello hay que silbar, vayan preparando los silbíos y no paren hasta que ceda quien tenga que ceder.

Todo ello sin olvidar que aquí, en este sitio, empezó TODO en Canarias. Toda la historia moderna del Archipiélago.

Igual estamos bien como estamos: con nuestra modestia, con nuestra discreción, con la humildad que siempre ha caracterizado a las mujeres y los hombres de Lanzarote, pero seguro que en cualquier otro lugar, por esa circunstancia histórica nada menor, Femés tendría catedral, museos, bibliotecas, veinte monumentos y tres fuentes con aguas de colores.

Y cuando digo en cualquier otro lugar, no les invito a que miren muy lejos.

Si Femés hubiese estado en Tenerife, seguro que tendría otra relevancia (que allí, los tinerfeños se quieren más de lo que nosotros nos queremos. O al menos se lo creen. Y hacen bien).

Pero ya digo, como a los lugareños que se resistieron a no "*silbiar*", el destino de los pueblos lo ha de decidir el propio pueblo. Con la fuerza de la razón y de las palabras.

La otra idea que me transmite la narración de Isaac Viera es la de la transmisión de las costumbres. Mal vamos si muchos de ustedes, los más jóvenes, es la primera vez que escuchan la historia que les acabo de contar, la del silbío. Pero podría suceder.

Sostengo que en los libros de texto que nuestros hijos e hijas utilizan en la escuela, hay insuficiente contenido canario en general y lanzaroteño en particular.

Sí, lanzaroteño en particular, porque está muy bien ese principio de que Canarias ha de ser un solo pueblo, pero no debemos olvidar que el hecho insular marca el carácter de los sitios.

Y Lanzarote en sí es un mundo muy rico en cultura propia que debe aparecer con mayor importancia de la que lo hace entre las enseñanzas en la escuela.

De no estar más vigilantes, llegará el día en el que los chinijos y las chinijas se pregunten quien fué César Manrique, o Leandro Perdomo, o Blas Cabrera, o Alfonso Spínola o Agustín de la Hoz o...tantos otros que han enriquecido la historia de esta bendita isla de la que es patrón San Marcial.

Y añadido: Lanzarote es lugar en el que muchos hemos decidido morir habiendo nacido lejos de aquí. Y es nuestra obligación adoptar, y cuanto antes mejor, la cultura del sitio.

Sé que la mayoría actúa de ese modo, pero de entre todos los colectivos en los que hay personas de distinta procedencia, acaso sea el de los maestros y maestras el que más esfuerzos ha de hacer para imbuirse de lo lanzaroteño. La familia y la escuela es donde se forman los ciudadanos, y en estos ambientes es donde los chinijos han de mamar, perdón pero se dice así, la cultura popular, la que está escrita y, acaso más importante, la que no lo está. Y, por supuesto, volviendo a la narración de Viera, hasta los curas deben asumir el "sabei" popular de los lugares y dejar silbar, si es que el pueblo quiere silbar.

A fin de cuentas no es Femés, no es Lanzarote, uno de esos sitios en los que la gente, para divertirse, mata toros o les prende fuego a los cuernos o los tira al mar o lanza cabras desde los campanarios o les arranca el pescuezo a los patos. Aquí todo es más sencillo, más humilde.

En todo caso, siempre nos quedarán las fiestas, y sus reuniones familiares, para transmitir todo lo que la vida en el pueblo nos ha ido dando. Desde la aparición de los Normandos, sus conquistas, la ermita, el obispado, la lucha por la independencia municipal, el municipio de Femés, el primer cambio de siglo, las hambrunas, la guerra con su posguerra, la pérdida de la independencia municipal, la poetisa Josefina Pla, bautizada aquí, referencia intelectual en Paraguay, las raíces de Benito Cabrera, Arozarena con su Mararía, la carretera a Playa Blanca, los guiris, el cine con la Arozarena de Mararía, el segundo cambio de siglo...y en medio de todo esto, y durante todo esto, las pequeñas cosas de cada casa con todos ustedes y los de antes de ustedes y los que vendrán después, que son la esencia misma de este bienaventurado pueblo.

Así se va cosiendo la historia. A pequeños retales.

Desde esta noche yo seré, para Femés, uno de esos pequeñísimos retales, pero por contra Femés, para mí, se ha convertido ya en algo inolvidable. En un pedazo importante de mi vida.

Viva San Marcial, viva Femés. Felices fiestas a todos.